

La conversación en la Universidad de los niños EAFIT

Por
Pilar Posada Saldarriaga
Asesora pedagógica

Nota: en este texto la palabra niños hace referencia al margen de edades de los participantes del programa: 7 a 16 años.

¿Cómo hablamos a los niños?

Si uno observa el modo cómo los adultos hablan a los niños, se da cuenta de que lo hacen de muchas maneras y que algunas de ellas pueden ser 'prototipos'. A veces, sometidos a "Su Majestad el niño", reciben con melosidad y aspaviento cualquier manifestación suya: palabras, gestos u ocurrencias. Todo les parece gracioso, divino, tierno, digno de celebración. Otras, les hablan con excesiva autoridad. Imponen sus ideas, sus palabras, sus criterios, sus decisiones, dejando a los niños por fuera de cualquier posibilidad de diálogo. De ellos sólo se espera que acaten y obedezcan la palabra del adulto, considerada como



Conversando con Alfonso Cadavid. ¿Por qué se prohíben y castigan algunas de nuestras acciones?

portadora de la verdad. Con frecuencia los adultos somos sermoneiros, cantaletosos. Decimos una cosa no una vez sino muchas y en esa repetición algo de la verdad o la fuerza que puedan tener nuestras palabras se desgasta.

En general para los adultos resulta difícil la relación con el niño. Le temen un poco. No se relacionan con él como un semejante, sino como alguien extraño, ajeno, distinto, poco serio, disperso, inquieto, rebelde, juguetón. Muchas veces la ansiedad que la alteridad del niño produce en el adulto se recubre con un sentimiento de superioridad: lo trata como un ser inferior por tener menos edad, menos información acumulada y menos experiencia; se siente obligado a proveer al niño toda la información que cree necesaria (brindar explicaciones, responder todas las preguntas -incluso antes de que el niño las formule o trate de responderlas por sí mismo-, indicar comportamientos -qué se debe hacer, cómo, cuándo, dónde, de qué manera-), y se consagra con empeño a este rol.



Es poco frecuente ver adultos que tratan al niño como un interlocutor de pleno derecho: como un semejante, como un par. Adultos que confieren a la palabra del niño un valor, que la consideran una posibilidad, tanto para el niño como para ellos mismos; que la consideran un acto de inteligencia que merece espacio y estímulo. Pues bien, esto es lo que queremos en la Universidad de los niños EAFIT. A esto hemos apostado. Queremos aprender a conversar con los niños, dando lugar a sus ideas y opiniones. Buscamos que los adultos que integran el programa -talleristas, profesores, investigadores, equipo creativo- creen espacios de diálogo con los niños: que les permitan hablar, los escuchen, los incluyan, atiendan y respondan a su palabra.

Hablar, escuchar, conversar

En primer lugar, nos interesa que el niño confíe en su palabra, en su propia posibilidad de decir algo. Que sea capaz de hablar. Que se atreva a dar una opinión, a exponer una idea ante otros niños, talleristas y profesores. Que sienta que en las actividades de la Universidad de los niños hay un espacio para su palabra y que en él puede sentirse seguro: puede ensayar, experimentar, exponerse, porque no se lo destituye -por ser niño y por tener menos información que los adultos- como interlocutor.

Segundo, buscamos que los niños aprendan a escucharse unos a otros y se entrenen en el arte de la conversación y del debate. Sabemos que pensamiento y lenguaje son una misma cosa, que para pensar hay que hablar y que para hablar hay que pensar.

Cuando se habla al interior de un grupo, cuando otros hablan, cuando los demás tienen en cuenta las ideas propias y uno tiene en cuenta las ideas de los demás, se experimenta el poder de la conversación. La conversación abre, enriquece, ilumina, aclara, orienta. No puede haber comunidad humana, comunidad de pensamiento, sin conversación.

Dejar pensar al niño

El niño piensa. Se pregunta y produce respuestas. Somos nosotros, y nuestros sistemas de educación, de transmisión de información, los que vamos atrofiando esta función en él. Vamos orientándolo a transformar su naturaleza inquisitiva en una consumidora de respuestas. Cuando pregunta, le contestamos. Cuando no sabe, le decimos que nosotros sabemos y le contamos lo que creemos saber. Taponamos. Sellamos. Suturamos el vacío del niño. Desactivamos con nuestros procedimientos educativos su curiosidad y su dinamismo.

En la Universidad de los niños queremos que el niño no deje de pensar. Lo alentamos a seguir pensando, a arriesgarse a hacerlo -pensar es, sin duda, un riesgo. Lo estimulamos a que busque, produzca hipótesis, ensaye por allí, intente por allá. Para eso es preciso no taponar, dejar preguntas sin resolver, resistir la tentación de situarse en el lugar del que 'todo lo sabe y todo lo dice' y dejar situaciones abiertas, sin respuesta. Es imprescindible permitir el agujero, el vacío, de modo que el niño trabaje para hallar una respuesta, para producirla él mismo. Es preciso generar, permitir, mantener situaciones problemáticas en las cuales el adulto experto, el investigador, no resuelva



Romario Arriaga en las conversaciones con el profesor. ¿Cómo funciona internet?

-de entrada- los interrogantes. Las respuestas ready made pasivizan al niño, adormecen su curiosidad, lo ponen en situación de consumidor de conocimiento, de receptor de un producto que se le ofrece sin que tenga que aportar ningún trabajo, ningún esfuerzo.

No quiere decir que los investigadores y talleristas no puedan responder a las preguntas, o exponer su saber en algún momento de las jornadas de trabajo -de hecho, deben hacerlo como un cierre a las actividades y al proceso de cada sesión-, pero antes de hacerlo deben permitir con su presencia -sus preguntas, sus estímulos, su orientación de las actividades, su actitud de escucha- el pensamiento, la emergencia de hipótesis, la conversación y el debate.

La vía que hemos elegido no es fácil. Tenemos que reeducarnos a nosotros mismos, conducir a los investigadores y a los talleristas por un camino desconocido y que los saca de su zona de seguridad, de los modos de enseñar y aprender con los que están familiarizados. Esta senda implica, para ellos y para nosotros, desprenderse de viejos hábitos, aprender otros procedimientos, inventar una nueva forma de trabajar con los niños.

Nuestra tarea en la Universidad de los niños EAFIT es crear dispositivos pedagógicos que permitan la emergencia de la conversación, que estimulen el pensamiento, que den lugar a la creatividad. Es un reto y con él nos hemos comprometido. 🎯

